

Los libros

nípero, que se dedica a hacer investigaciones, narra la vida de cada una de las cinco personas que perecieron en el accidente: la Marquesa Doña María de Montemayor y su azafata Pepita; Manuel, un expósito; Tío Pío, especie de amigo de confianza y maestro de la Perrichola, y Jaime, hijo de ésta. Estos cinco personajes dan a Wilder materia para tres novelas cortas, tres novelas cortas en que describe no sólo la vida de cada uno de esos personajes, sino la vida de las personas que tienen relación con ellas. Es así cómo en sus narraciones aparecen la Perrichola, el Virrey don Andrés de Ribera, y otros personajes más o menos históricos y más o menos fabulosos.

Habilísimo, el novelista yanqui ha hecho caso omiso del ambiente y del paisaje limeños, dedicándoles sólo dos o tres líneas que dan una idea general de ellos. Por lo demás, no se nota la ausencia de una descripción detallada. Los personajes atraen la atención del lector, haciéndole olvidar el escenario en que se mueven. De ellos, el mejor construido es Tío Pío, y el más interesante la Marquesa de Montemayor, aunque esta última, en quien el traductor de la obra, Ricardo Baeza, cree encontrar perfiles modificados de Madame de Sevigné, resulte demasiado interesante para la época y el ambiente limeños.

Los demás personajes, como la Perrichola, Manuel y Esteban, Pepita, el Virrey, están sobriamente delineados y viven en una atmósfera de claridad literaria muy precisa. La narración está hecha con seguridad y cada individuo corre hacia su destino sin apresuramiento, detenién-

dose en cada uno de los acontecimientos y viviéndolos de la mejor o peor manera.—*M. R.*

ESTACIÓN. IDA Y VUELTA, por *Rosa Chacel*.

Leímos este libro, con un poco de desconfianza. Las mujeres de letras cuando adoptan novedades al «uso actual» como la señorita Chacel caen, sin comprenderlas del todo, en la exageración, o más bien dicho, en la imitación del último procedimiento que les agrada. Así esta novela, como la llama su autora (1).

Consta de tres partes y son tres partes de un monólogo continuado, sobre el que se extiende desde la primera página a la última, la influencia y más que la influencia, la sombra del inimitable Marcel Proust, a quien la autora, desgraciadamente, ha tratado de imitar muy de cerca. Decimos desgraciadamente, porque la señorita Chacel, sin la influencia proustiana quizá habría hecho un buen libro, pero en una señorita española de Valladolid, aficionada a la pintura, la lectura de Proust es algo así como una revolución al revés, en que sale a flote lo que debió quedar oculto y en que las mejores condiciones de escritora se desfilen en un análisis continuado de sensaciones y de estados de ánimo... inexistentes. Porque en esto debe verse la diferencia de los imitadores con el maestro; en Proust los particularísimos estados de ánimo del autor con-

(1) Ediciones Ulises. Madrid, 1930.

vencen al lector de un momento anímico verdadero; en sus imitadores, que forman legión (y la señorita Chacel no escapa al aserto), los análisis de las sensaciones y de las impresiones sólo son en su gran mayoría, retorcimiento fraseológico para explicar algo que se asemeja mucho al vacío absoluto.

Y es sensible que una influencia, aunque esta sea la de Proust, haya desviado a la autora en el camino iniciado en la búsqueda de su propia personalidad. Porque sin lugar a dudas la tiene y relevante. Conocíamos el prestigio que tiene ganado entre los jóvenes autores españoles, y la *Revista de Occidente*, en la que la mano del maestro Ortega ejerce una policía segura, ha publicado fragmentos de un libro que prepara sobre Teresa Mancha, la amada de Espronceda. Y el libro que nos ocupa muestra diversas páginas, pocas líneas a veces, en que la autora ha conseguido fijar cuadros, impresiones o sensaciones, en un estilo fresco y no exento de un leve toque poético. Habla del patio de su morada y dice:

Hasta por la noche tiene una claridad maravillosa, que en el verano cae de las estrellas sobre las ventanas, dormidas con la boca abierta, y en el invierno escurre por las vidrieras y por las hojas del oasis: claridad polar que sólo afrontan los gatos, bien arropados en sus abrigos de pieles. (Pág. 16.)

Pero junto a un cuadro así, pocas páginas más adelante, se sienten el deber de pensar profundamente sobre las diversas etapas de la vida humana, y tenemos que leer lo siguiente:

Adolescencia y convalecencia pueden confundirse como magnesia y gimnasia; pero no es sólo la similitud—¡que bonita palabra! Además de similitud, lo que sugiere es multitud, armonía de mil cadencias—lo que las une, es una convergencia de su condición de estados de los cuerpos hacia un resultado común (pág. 40),

en que la desagradable cacofonía del párrafo transcrito no logra ocultar la vulgaridad de la idea enunciada: que la adolescencia es siempre un estado de convalecencia (aquí debemos entender mejoramiento intelectual destinado al «resultado común», esto es al total desarrollo de la personalidad del individuo). Todo esto, después de poetizar el patio de la morada de la autora y de amedrentarnos con la escalera de dicha morada, que según la autora es terrible.

Podríamos multiplicar las citas y acaso no mejoraríamos mucho la impresión que la lectura de esta *Estación* nos produjo. Sus interpretaciones del sueño, sobre el que Proust ha escrito páginas tan bellas y Freud tan exactas, y los viajes que el protagonista o monologuista hace por Francia (recuérdese el viaje a Venecia de Proust y su crónica sobre las iglesias asesinadas), sólo sirven a la autora para estampar dos o tres notas hermosas, entre páginas y páginas de mal gusto y mal escritas.

Y esto es inaceptable en todo escritor y más que en otros en la señorita Chacel, pues ella tiene condiciones de escritor y no de los vulgares.—Cultura, independencia de pensamiento, no siempre profundidad de él, y un sólido dominio de lenguaje forman su principal acer

Los libros

vo, pero aunque la autora confiesa que el libro en cuestión es fruto de dos años de trabajo, da la impresión de una obra precipitada y escasamente meditada.—Dispareja como ya lo hemos probado, las páginas perdurables de ella desaparecen entre muchas anodinas e insustanciales. Para todos aquellos a quienes la joven literatura española interesa, esta *Estación* será una estación de tránsito de la autora, que es capaz y que seguramente nos dará en una próxima obra, algo más liberado de influencias, más maduramente meditado y más despaciosamente realizado.—*Abel Valdés A.*

MARAN ATHA, por *Luis Ignacio Pérez.*

La evolución de la novela en los últimos veinticinco años ha hecho recorrer a los novelistas todas las gamas del arte literario. Aún cuando se ha descubierto que ciertos procedimientos de Proust y de Joyce tienen antecedentes, la verdad es que estos y otros novelistas han hecho, en lo que va corrido del siglo, una verdadera revolución en la novela contemporánea. Ahora bien, ¿cuál de estos nuevos procedimientos ha sido estudiado y ensayado por los novelistas chilenos? No es aventurado afirmar que muy pocos, ninguno casi.

Si leemos, por ejemplo, *Maran Atha* (1), lo primero que nos sor-

(1) Santiago, Imprenta Nacimiento. 1930.

prenderá es el peregrino atraso del autor en materia de información literaria. Para don Luis Ignacio Pérez la novela es todavía un producto como el venerable folletín que entretuvo los ocios de nuestros abuelos y hasta los de nuestros padres y que hoy, acorralado, se refugia en las modestas habitaciones del conventillo. A lo sumo, su novela se eleva hasta las alturas—bastantes discretas, y nada más—de las de Eugenio Sue o de Octavio Feuillet, que si no cayeron en el folletín, anduvieron bordeando sus precarios límites.

Lo segundo que sorprende al lector de gusto más o menos refinado es la solemne y pedestre vulgaridad del estilo. Es esta una novela escrita en una prosa periodística, manchada por todos los lugares comunes y lastrada con latiguillos e ingenuidades de marca mayor. Cuando el autor quiere elevar su estilo, cae en retorcimientos como éste:

Pero lo admirable era que la niña no sentía temor alguno ni del salto temerario del caballo y caballero, ni de la audacia de sus brazos que alzábanla de la cama, así, *encamisada* (2) apenas y colocándola con gran cuidado sobre el arzón delantero de la silla salíase con ella por la mismísima ventana que de entrada le sirvió. (Pág. 40-41.)

Cuando intenta hacer una reflexión aguda cae en vulgaridades comparables a la siguiente:

El llanto de los niños es fugaz. La sabia naturaleza así lo ha querido. El dolor es noble y busca lo que,

(2) El autor es el que subraya, no sé con qué motivo.